

LA REVOLUCION FRANCESA Y LA PERVERSION DEL LENGUAJE

POR

MARIO SORIA

Objeto de esta ponencia es apuntar la adulteración semántica que enseñó la Revolución francesa y aprendió, con celo digno de mejor causa, nuestro mundo contemporáneo. Empezaremos, por lo tanto, con una breve introducción y después trataremos sucintamente de ese falseamiento en época de la famosa rebelión y en los días actuales.

Con las palabras nos encontramos, por así decirlo, como si fueran un hecho natural cualquiera. A primera vista tienen una significación invariable, establecida desde siempre, igual que un río sigue su curso o una montaña ocupa determinado espacio. Nunca lograremos —al menos, eso creemos— que «libro» signifique «tomate» o «estrella», «tortuga», metáforas aparte. Sin embargo, esa firmeza que parece «aere perennius», es sumamente frágil cuando se sabe cómo socavarla.

Para aclarar lo que acabamos de decir, observemos que en una palabra cabe distinguir tres elementos: el sonido, el significado y la intencionalidad. Así, el término «malo», por ejemplo, consta de dos sílabas, compuestas a su vez de letras; indica, además, una cualidad precisa y puede aplicarse a determinados seres o hechos. La variación de que hemos hablado hace un momento se refiere al sonido o pronunciación (asunto que aquí no nos interesa), al sentido y a la aplicación, volviéndolos de correctos, incorrectos. Dicho de otro modo, se altera el significado de «malo», ampliándolo o restringiéndolo indebidamente, y se designa con ese carácter cosas que, de modo arbitrario, reciben un sambenito.

¿Cómo se produce esa alteración que, en el fondo, no es sino un error mantenido y difundido? A nuestro juicio, la misma se prepara a causa de la hipertrofia de las abstracciones, de la ideologización que contamina hasta los términos más sencillos, referidos a las cosas concretas y ordinarias de la experiencia cotidiana. De esta forma, el sentido espontáneo de las palabras se va olvidando y predomina un sentido artificioso. Los clásicos iban de lo particular a lo general; nosotros, al contrario, solemos partir de una idea preconcebida y, de acuerdo con ella, juzgamos el mundo. Aquéllos atesoraban un riquísimo vocabulario, correspondiente a la multitud de cosas que llamaban su atención; nosotros apenas si tenemos algo más que conceptos que sirven de comodines y unas pocas palabras que empleamos como muletillas. Así se debilita la precisión del lenguaje, facilitándose la aparición de significados espurios. La indeterminación semántica es tierra abonada para que cualquier camarilla, fraternidad ideológica o conciliábulo poderoso acredite una noción, repitiéndola incesantemente, hasta lograr que la admita el público.

Ya antes de la Revolución francesa habíanse dado casos de adulteración lingüística. Concretamente en el siglo XVIII, los vocablos «jesuita», «fanático», «jansenista», «tomista», que querían decir algo inequívoco, tornáronse ambiguos por el contenido peyorativo o meliorativo, en su caso, que se les dio, con lo cual se aplicaban malintencionadamente y de forma inadecuada. Entre el significado primitivo, auténtico, y el derivado sólo había un vago parentesco. Así, por ejemplo, era «tomista», para los ministros de Carlos III, todo individuo que secundase la política sectaria de aquel rey y sus allegados contra la Compañía de Jesús. Al contrario, era «jesuita» quien la reprobaba. Huelga señalar que los partidarios de la persecución no conocían ni por el forro la doctrina del de Aquino, y que los favorecedores del instituto ignaciano no pertenecían a éste ni como profesos, ni como novicios, ni como legos. Y respecto del vocablo «fanático», «fanatismo», el padre Isla advirtió meridianamente la adulteración, en su *Anatomía del informe de Campomanes*. Dejemos al ilustre leonés decírnoslo, que lo hará con mucho mayor brío y ele-

gancia del que nosotros seamos capaces: «Sólo deseara yo —dice Isla, refiriéndose a Campomanes— que nos explicara con claridad qué entiende él por «fanatismo»; voz curiosa que hoy se ha hecho de moda en todo político a la «dernière». Pero es preciso que convengamos en fijar el significado de esta formidable voz. Hasta pocos años ha, sólo se llamaban fanáticos a aquellos genios exóticos, inquietos, bulliciosos y turbulentos que, forjando castillos de viento en su lisiada y alborotada imaginación, ni ellos tenían sosiego, ni le dejaban tener a los demás; maquinando siempre nuevos y disparatados proyectos en todo género de materias, sobre principios puramente ideados y soñados... Pero de algunos años a esta parte se ha dado en la voluntad tanta donosura de llamar fanáticos a todos los que hacen profesión de religiosos, píos y devotos, dando un piadoso asenso a todas aquellas cosas extraordinarias que no tienen disonancia ni con la religión, ni con la prudencia. Item, son llamados fanáticos todos aquellos que, en varios puntos pertenecientes al dogma y a la disciplina de la Iglesia, creen buenamente lo que creyeron sus abuelos; no quieren criarse con otra leche que con aquella que mamaron; y llevan muy a mal que se introduzcan en este siglo máximas de religión, cuando menos muy dudosa, que se desconocieron en todos los pasados. También son agregados al cuerpo de los fanáticos todos aquellos que miran con un género de compasión cierta clase de críticos modernos que, a bulto y de montón, hacen burla, desprecian y rechiflan todo lo que suena a cosa sobrenatural y prodigiosa, escarneciendo de todo lo que no alcanzan y blasfemando todo lo que ignoran». Hasta aquí el padre Isla (1).

Este uso torcido de las palabras tuvo su auge, y hasta podríamos decir que fue sistematizado, durante los acontecimientos que comenzaron con la toma de la Bastilla parisiense. Los cabecillas del cataclismo religioso, político y social que asoló a nuestros vecinos, se encontraron con un lenguaje fijado median-

(1) *Anatomía del informe de Campomanes* (León, 1979), párrafos 420 y sigs.

te la academia francesa y los grandes escritores del renacimiento, la edad barroca y la ilustración. Las palabras ya tenían su significado; la claridad, la concisión, el orden (para nosotros, de lengua castellana, orden bastante frío e insípido, dicho sea de paso), caracterizaban el lenguaje cultivado, que en principio pertenecía también a la mayor parte de los corifeos de la subversión. Los revolucionarios no se alzaron teóricamente contra esa forma de hablar y de escribir, pero sí lo hicieron prácticamente, casi sin darse muy bien cuenta de ello. Hipólito Taine observó que las arengas, discursos, artículos, relaciones, opúsculos, debates, etc., donde intervinieron o cuyos autores eran Robespierre, Marat, Condorcet, Desmoullins y «tutti quanti», formaban un abundoso torrente de palabrería, pero que contenían escasísimas ideas meditadas, hechos concretos, descripciones exactas de la realidad. No consistía toda esa morralla verbal sino en emociones y pasiones, gritos y extravagancias, o bien se resumía en una ideología pueril y cerril llevada hasta sus últimas consecuencias, sin cuidarse lo más mínimo de la experiencia. Como decía el autor de «Los orígenes de la Francia contemporánea», refiriéndose especialmente a la obra de Condorcet: «Escolástica de pedantes con énfasis de energúmenos» (2).

A esa perversión del contenido en general, o sea la degradación de una lengua que pasó de ser vehículo del pensamiento a serlo de la ideología y las pasiones, correspondía la perversión de las palabras mismas, que perdieron parcialmente su significado y adquirieron uno postizo, pero de mucha mayor eficacia que el original. ¿Cuáles eran los términos adulterados? Mencionemos algunos: «nación», «aristócrata», «fanático», «patriota», «pueblo», «usurero», «acaparador», «ley», «libertad», «derecho», «bandido», «conspirador», «contrarrevolucionario», «realista», «federal», «filosofía», «reacción», «república», «razón», «superstición», «salvación pública», etc., habiendo también frases enteras acuñadas en el mismo molde: «Excitar la guerra civil», «Se envenenan los espíritus», «Se agitan las antorchas de la discordia»

(2) Vol. V (París, s/d), págs. 24 y sigs.

y mil otras tan rimbombantes, huecas y odiosas como las mencionadas (3).

Ninguno de los vocablos alterados volvióse ininteligible. Todos los entendían; los bandos antagonistas convenían parcialmente en el significado de dichas palabras; pero a éstas se las imbuyó de un sentido excluyente o peyorativo que las desvirtuaba por completo. Sólo la cáscara quedaba de las mismas, igual que de los huevos que sorbe una comadreja. La voz «nación», por ejemplo, que designaba el país, sus habitantes, historia, instituciones, acabó comprendiendo únicamente a la oligarquía jacobina y a sus adláteres y partidarios. Los demás franceses hallábanse desnacionalizados. Igual cosa sucedía con el término «patriota»; nadie lo era, sino los gobernantes, la chusma que los secundaba y el ejército revolucionario. Cualquier crítica, cualquier contradicción considerábase sinónimo de antipatriotismo, de traición, no obstante para la descalificación de una persona los méritos que ésta hubiese adquirido precisamente al servicio de su país. Aún era más chusco el caso de la voz «aristócrata», que designaba el delito de pertenecer a determinada clase social, siendo durante la Revolución francesa una de las primeras veces que en Occidente se consideró crimen no un acto, sino una condición. El mero calificativo condenaba: «Flagitium nomini inhaerens», como diría Tácito. Pero el vocablo de marras era ambicioso: no se contentaba con reprobar a los miembros de la nobleza, sino que de-

(3) Muchos de estos términos y las oraciones derivadas los tomamos del libro de JUAN FRANCISCO DE LA HARPE, titulado en la versión castellana: *De lo que significa la palabra «fanatismo» en la lengua revolucionaria* (Madrid, 1838), págs. 16, 17, 22, 23, 154. Al autor, que escribió esta obra en 1797, ya lo conocen los amigos de *Verbo*, porque de él se publicó íntegra, hace pocos números, una profecía atribuida a Cazotte. El libro acerca del fanatismo no tiene las consideraciones trascendentales de José de Maistre, ni los análisis sociales minuciosos de Taine y de Tocqueville, ni la elegancia y el extraordinario sentido común de las reflexiones de Burke; pero sí está animado por una especie de dialéctica furiosa que lo lleva a arremeter contra los errores y horrores de la revolución, con la elocuencia, el ingenio y el saber propios de un gran escritor, cuyas desgracias y desencuentros acaban de devolver al redil católico.

signaba a todos los enemigos del régimen imperante, fuesen de la clase que fueran. Y así resultaban «aristócratas» obreros lioneses, campesinos bretones y vandeanos, científicos, labradores deseosos de salvar su cosecha de la incautación, costureras que asistían a la misa de un sacerdote refractario, lacayos fieles a sus amos, abogados que se atrevían a defender a algún preso político, etc. Nada importaba la inexactitud de la designación; nadie se preocupaba de analizar el significado y de usarlo correctamente; sólo se buscaba despertar la pasión, insultar, proscribir.

En cuanto al término «fanático», ya lo habían manoseado, sobado y amasado a su sabor muchos estadistas cortesanos. De eso nos ha hablado el padre Isla. La Revolución francesa, que a menudo sacó las consecuencias de doctrinas nacidas al abrigo de las cortes borbónicas y habsburguesas, amplió también el contenido de «fanático», de manera que el término abarcase a todos los católicos sin excepción, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, ancianos y niños, nobles y plebeyos, cultos e ignorantes. Y como el «fanatismo» constituía delito capital, poblaciones enteras resultaban condenadas, procediéndose en consecuencia contra las mismas. Con expresiones que parecen calcadas del jesuita leonés, La Harpe dice que «en la lengua inversa llamada "revolucionaria"», «el fanatismo es la creencia de cualquiera religión, la adhesión a la fe de nuestros padres, la convicción de la necesidad de un culto público, la observancia de sus ritos y ceremonias, el respeto a los símbolos y, en fin, la deferencia recíproca que es propia de todos los pueblos cultos y que los obliga respectivamente a no violar en parte alguna los signos exteriores de religión» (4).

A modo de prueba de esto que afirma La Harpe, mencionemos el juicio de las célebres carmelitas de Compiègne. Conducidas ante sus jueces, Fouquier-Tinville las acusó de «fanáticas». Una monja le preguntó al fiscal qué entedía él por tal palabra, y

(4) *Op. cit.*, pág. 11.

éste le respondió que a causa de la religión que profesaban se la condenaba como fanáticas (5).

Palabras que terminaron comprendiendo a todos los comerciantes fueron «usurero» y «acaparador». El pueblo culpaba de la carestía a los intermediarios, saqueaba sus tiendas o los acusaba de estar «gangrenados de aristocracia». El gobierno, por su parte, consideraba «acaparador» al agricultor que no llevase cada semana su producto al mercado; al comerciante que no exhibiese sus existencias, sin faltar ninguna; al industrial que no justificase la elaboración diaria de cuanta materia prima almacenara. La guillotina esperaba a los contraventores. De acuerdo con este sistema, enemigos públicos eran casi todos los cultivadores de la tierra, hortelanos, granjeros, aparceros, maestros artesanos, taberneros, panaderos, carniceros. Nadie se preguntaba si la escasez procedía del desorden producido por las confiscaciones agrarias de toda índole y por la guerra, ni si era justo obligar, en nombre de la libertad y la fraternidad revolucionarias, a un comerciante a malbaratar su mercancía. La denominación injuriosa decidía inapelablemente el caso.

En nuestro siglo es cuando llega a su colmo la distorsión del lenguaje. La propaganda política y la publicidad (vale decir lo mismo Oriente que Occidente, igual los regímenes totalitarios que la democracia de corte anglosajón) adulteran la palabra, dándole sentidos nuevos, neosemias, pero pretendiendo siempre no haberse apartado del significado prístino. Limitémonos al lenguaje político.

Quienes de forma más estrepitosa violentan las palabras, son sin duda los comunistas, y en esto dan ciento y raya a los viejos maestros galos. Ellos han insuflado en el lenguaje un espíritu (permítasenos la expresión, aunque nada sea menos espiritual que la metamorfosis marxista) completamente nuevo, creando una escolástica «ad hoc» y enjuiciando todos los hechos conforme a ese criterio inusitado. Arturo Koestler nos lo explica muy bien,

(5) WILLIAM BUSCH: *Bernanos y las carmelitas de Compiègne* (en francés), artículo de la revista «El Mensajero Ortodoxo», núm. 100 (París, 1985), pág. 73.

refiriendo las lecciones de sus mentores comunistas, lecciones que parecerían caricatura del escritor húngaro, si no reflejaran fielmente una monstruosa tergiversación. Koestler objeta a su instructor que la ética matrimonial marxista se parece como un huevo a otro a la moral burguesa, y el profesor replica: «Tu pregunta, camarada, demuestra que piensas en sentido mecanicista y no dialéctico. ¿Cuál es la diferencia entre haber una pistola en manos de un policía y haberla en manos de un miembro del proletariado revolucionario? La diferencia entre un hecho y otro hela aquí: el policía es un lacayo de la clase dominante y su pistola, por lo tanto, es instrumento de opresión, mientras que esa pistola en manos de un revolucionario es medio de liberación de las clases oprimidas. La misma diferencia es válida para distinguir la llamada moral burguesa de la proletaria. La institución matrimonial, que en la sociedad capitalista simplemente refleja la corrupción de la moral burguesa, se convertirá en sana sociedad proletaria, mediante un cambio dialéctico de función» (6).

De esta forma no existe palabra, institución, hecho, persona ni cosa inmune a la alteración, según haya que arrimar el ascua a la sardina partidaria. Concretamente, los vocablos tienen significados contradictorios, y para discernir el genuino, más que conocer el idioma o la realidad importa el criterio político.

Pero si escandalosamente cojean los sistemas totalitarios, no son menos cínicas las democracias, aunque otra cosa pretendan. Aparte del lenguaje de la publicidad, lenguaje que no pretende manifestar la verdad, sino exclusivamente acreditar algo, y que habla de manera que las palabras se vacían de significado, pasando a ser simples estímulos; aparte —decimos— del lenguaje publicitario, también el lenguaje político occidental ha perfeccionado las lecciones primerizas de la Revolución francesa, hasta convertirse en dechado de falsificación. Piénsese, por ejemplo, en el vocablo «fascista», que ha dejado de tener cualquier rela-

(6) KOESTLER: *Ein Gott der keiner war* (Münich, 1962), págs. 42 y sigs.

ción, por lejana que sea, con el régimen de Mussolini, e incrimina a la persona enemiga del comunismo, o sencillamente a quien, defendiendo sus derechos, se opone a tropelías toleradas. Así, resulta ser «fascista» el adversario de Fidel Castro, el defensor de la libertad de enseñanza, el lector de *Verbo*, quien impugne el aborto y la eutanasia, o sencillamente el ciudadano que proteste porque los festejos populares de un alcalde camandulero no dejan dormir al vecindario.

Particularmente el término «democracia» ha sufrido una asombrosa transformación. En otras épocas, simplemente designaba un sistema político, legítimo igual que otros distintos de ella. Los tratadistas le asignaban virtudes y defectos, la preferían o repudiaban siguiendo razones e inclinaciones. Hoy, en cambio, es el único régimen lícito y viable. Quien la rechaza está excluido del comercio humano, es un bárbaro capaz de todas las atrocidades, comparadas con las cuales el bombardeo de Dresde, la destrucción de Hiroshima, la venta de armas químicas francesas al gobierno iraquí resultan juego de niños. Toda vez que se habla de democracia, los ojos bien nacidos se ponen en blanco y por la espalda de los justos corre un escalofrío. Lo que fue forma de gobierno sujeta al análisis, es hogañío el suelo que nos sustenta y el cielo que nos cubre, mito, diosa a la que cantaba uno de los poetas más vacuos y verbosos de que hay memoria, amén de más patrioterros: Walt Whitman (7).

De la corrupción del lenguaje político, como llama a esta ambigüedad el profesor norteamericano Walter Laqueur, se pueden aducir un sinnón de otros ejemplos. «Guerrillero», pongamos por caso, voz cuyo sentido es simpático, designa siempre al comunista salvadoreño o vietnamita que combate contra su gobierno, pero nunca al campesino afgano ni al soldado nicaragüense enemigo del régimen de Managua: a estos últimos se les reserva el apelativo de «rebelde» o de «contrarrevolucionario», cuando no los designan como terroristas. Parecido falseamiento han sufrido los calificativos «conservador», «liberal», «derechista», «izquierdis-

(7) Cf. WHITMAN: *The complete poems* (1975), págs. 150, 521, 536.

ta», «socialista», «comunista», etc. ¿No son actualmente arquetipo de conservadurismo los adversarios de Gorbachov, igual que si fueran correligionarios de Margarita Thatcher? ¿No fueron los despotismos existentes detrás del telón de acero denominados siempre regímenes «socialistas», nunca «comunistas», para evitar la resonancia negativa de esta última palabra? ¿No se ha encontrado, acaso, en la vez «nacismo» una oportunísima síncopa o contracción de nacionalsocialismo, soslayando así, como observa Kühnelt-Leddihn, comprometedores parentescos con partidos ahora tan en boga? ¿No llaman a Fidel Castro los medios de comunicación invariablemente «comandante», «doctor» o «jefe de gobierno», mientras que no menos invariablemente el nombre de Pinochet va precedido del infamante «dictador»? ¿No forman en el Líbano los maronitas la «derecha» y los musulmanes la «izquierda», sin perjuicio de que estos mismos musulmanes nutran en Persia las filas de la teocracia y sean antagonistas de los secuaces del liberalismo y del marxismo? El término «paz», ¿no significó para Rusia la posibilidad de expandir sin peligro de guerra su imperialismo peculiar, mientras que para Occidente era el medio de mantener mercados y continuar ganando dinero? (8).

La misma ambigüedad sirve para callar o denunciar, según conviniere. ¿Quién no ha escuchado las burlas y reproches de tanto experto oficial u oficioso acerca de las distintas ediciones de la «Enciclopedia soviética», que unas veces exaltan hasta las nubes a ciertos personajes, dedicándoles decenas de páginas, pero otras los silencian, reducen su biografía a breves líneas o los arrastran por el fango? ¡Ah, qué bien se ve la paja en el ojo ajeno! El periodismo occidental, ¿procede por ventura de forma distinta a la de las plumas asoldadas por Moscú? De mil casos que podríamos mencionar a cuento de la adulteración de la verdad, recordemos que, hace unos años, Salvador Dalí estaba mal visto por derechista y católico, negándosele incluso calidad a su pintura y tildándosele de plagiarlo y vulgarizador del surrealismo;

(8) Cfr. LAQUEUR: «Politik und Umgangssprache», en la revista *Kontinent*, núm. 36, enero a marzo de 1988, págs. 20 y sigs.

pero, de súbito, convirtiéndose en gloria nacional, inatacable e inmarcesible. A Ernesto Jünger, denigrado no hace mucho como ultranacionalista, belicista y simpatizante de Gregorio Strasser y de Roehm, lo proclaman hoy las mismas voces condenatorias de antaño gloria de las letras europeas: una condecoración universitaria ordenada ha hecho el milagro de la conversión.

Si el pensamiento es o debe ser, según el realismo espontáneo del hombre todavía no viciado ni desconcertado, «adaequatio mentis et rei», la palabra tiene, a su vez, que ser la expresión veraz del pensamiento y, por ende, una «adaequatio verbi et rei, adaequatio verbi et vitae». El lenguaje presupone, pues, la realidad, no la crea, ni tampoco es una entidad autónoma. No se puede ocultar, sin embargo, que las diversas civilizaciones, en sus respectivos idiomas, expresan concepciones distintas del mundo, y que, como dice Fichte, para cada pueblo es necesario su idioma, no surgido al azar ni por elección arbitraria (9). Cuando se cambia de idioma —sostiene también Rafael Gamba—, se cambia de alma (10). Pero, en todo caso, el idioma hunde sus raíces en el ser multiforme, en este o aquel campo de la realidad, conforme al talante de cada cultura y a la idea que se haya hecho ella del mundo. Y este vínculo de la palabra con la realidad, la base ontológica del habla, es lo que se olvida siempre que una facción política, una escuela económica, un grupo científico crea lenguajes artificiales, que nada tienen que ver con la experiencia cotidiana ni con la tradición, ni siquiera con la constitución natural del hombre, pero que sí son capaces de modificarlo todo, mintiendo, enturbiando, confundiendo hasta provocar una catástrofe. Tarea urgente es, pues, huir, como recomienda un filósofo checo, del lenguaje falso de la política, la filosofía, la historia, el derecho, la religión, las ciencias experimentales, para reencontrar el verdadero lenguaje acerca de Dios, la naturaleza y el hombre (11). Y a este respecto no sería justo

(9) *Reden an die deutsche Nation* (München, s/d), pág. 61.

(10) *El lenguaje y los mitos* (Madrid, 1983), pág. 11.

(11) WENCESLAO BELOHRADSKI: «Die Flucht aus der Pseudosprache», en *Kontinent*, núm. 28, enero a marzo de 1984, págs. 52 y sigs.

olvidar que la editorial «Speiro» cuenta entre sus publicaciones al menos dos obras que denuncian la corrupción lingüística: la ya citada por nosotros de Rafael Gamba: «El lenguaje y los mitos» y «Trasvase ideológico inadvertido y diálogo», del brasileño Plinio Correa de Oliveira.

Para terminar, refiramos una breve anécdota, capaz de probar que, incluso reinando el embuste y el terror, no se había extinguido la verdad. Acusada la duquesa de Grammont ante el tribunal revolucionario de haber enviado dinero a los emigrados, respondió: «Podría negarlo, pero mi vida no vale una mentira».